
CAPITULO LXXIV.

LA INCERTIDUMBRE.

Grande dolor heria por aquellos momentos á uno de los primeros republicanos del mundo, á Víctor Hugo. Su mujer murió en el destierro. Francia sintió por este infortunio de su gran poeta, de su gran tribuno, un dolor que bien puede llamarse nacional. Yo creo que este luto de un gran pueblo y de un gran hombre, cubria la frente de todos los pueblos donde á la sazón palpitaban amor al arte y amor á la libertad. Cruel destino. Bella, virtuosa, con mucho talento y mucho corazón; fluyendo de sus labios sencilla elocuencia y de su pluma admirables páginas que las letras contarán mañana entre sus tesoros inmortales; mujer de un genio al cual ha inspirado divinos pensamientos, madre de una familia educada en viriles virtudes y en el amor á la libertad; con todas estas venturas y con todas estas prendas, capaces de honrar un siglo, no pudo la esposa de Víctor Hugo tener el consuelo de morir sobre la amada tierra de Francia, en el seno sacrosanto de la patria. Nos llamamos civilizados, y aun hay prescripciones, y aun las sociedades para vivir arrojan bárbaramen-

te de su seno hasta aquellos hijos ilustres que por su genio las han de immortalizar, dándoles la vida de todos los siglos en la memoria humana, con obras sublimes que se alzan sobre todas las ruinas, y que alimentan el espíritu de todas las generaciones.

En la cuestión de guerra no salía la nación de su penosa incertidumbre. Si hubiera habido Parlamentos que fueran expresión de la voluntad nacional; ministros que tuviesen política propia y respondiesen de ella ante el Parlamento; asociaciones públicas destinadas á discutir las ideas y á dar las fórmulas del pensamiento general; si hubiera habido la libertad, en fin, hubiérase podido seguramente prever el porvenir y señalar hasta el momento del conflicto; pero en aquel Imperio, donde reinaba la voluntad soberana de un hombre que á su arbitrio lanzaba un día la tea sobre los combustibles hacinados, no era dable penetrar la espesísima nube que rodeaba al poder, y la guerra amenazaba como un hecho súbito, imprevisto, que sorprendiera los ánimos, que los sobrecogiera, cuando

más inadvertidos se hallasen y ménos temerosos del peligro: situación penosísima que naturalmente engendraba zozobras y temores paralizándolo todas las fuerzas del trabajo y todo el curso del comercio.

Los periódicos imperialistas comprendían á la sazón el mal que traía tamaña incertidumbre. Pero ¿creéis que se daban traza para impedirlo? «Renazca la confianza en la paz,» gritaba por la mañana el *Constitutionnel*, devoto al Imperio; y por la tarde el *Pays*, no ménos devoto, exclamaba: «Solo hay una solución posible á los conflictos europeos; solo hay un medio conveniente á la dignidad de Francia, la guerra.» Desmentíase un día oficialmente que el Imperio tratase de pactar la unión aduanera y política con Bélgica, y al otro día se nombraba embajador en Bélgica al director de la *France*, diario que siempre había sostenido la anexión de Bélgica al Imperio. Decía en los Consejos generales de un departamento el mariscal Vaillant, ministro de Bellas artes, bucólicamente, que el estado del Imperio era la paz en la abundancia; y decía en los Consejos generales de otro departamento el mariscal Niel, ministro de todas las armas, que el Imperio estaba muy bien armado y de él dependía la paz ó la guerra en toda Europa.

No paraban aquí las imprudencias. Ese mismo *Constitutionnel* que tan solícito se mostrara en procurar la paz del mundo con sus artículos tranquilizadores, sustentaba una tesis muy extraña, la tesis de que la Emperatriz merecía la regencia por sus talentos, y que habiendo desempeñado tantas veces con gloria tan alta magistratura, la desempeñaría en lo porvenir con la histórica felicidad alcanzada por las varias regencias maternas durante siglos, desde San Luis hasta Luis XIV. A tamaña imprudencia solo se encontraba disculpa considerando la necesidad que tienen los cortesanos de adular como los reptiles tienen necesidad de arrastrarse. Cuando un periódico oficial sostenía en plena calma el

gobierno de la Emperatriz, sin duda era por una de estas dos razones, clamaba el vulgo de las gentes, ó bien porque estando el Emperador muy enfermo se necesitaba preparar la opinión para una regencia definitiva; ó bien porque estando el Emperador apercebido para la guerra, se necesitaba preparar la opinión para una regencia temporal, transitoria de la Emperatriz; regencia indispensable, como durante la guerra en Italia, á causa de una larga ausencia del soberano.

El público no podía comprender que hubiera un académico bastante atildado, cortesano al par bastante abyecto, para bordar sobre un tema de lejana realidad política por el momento, variaciones de bizantina retórica, sin más fin que halagar los oídos de los poderosos, los cuales gustan de vivir entre nubes de incienso, aunque esas nubes, perfumadas de viles lisonjas por la adulación, se eleven sinietras de un océano de sangre.

Otro de los personajes que continuaban contribuyendo á mantener el ardor bélico, convertida en trompa guerrera la pluma, era Emilio Girardin. Ya lo he dicho, durante largos años no había nadie más pacífico. Sus artículos se dirigían todos contra los ejércitos, sus razonamientos contra la guerra, sus votos á sustituir la política del trabajo y la libertad á la política de la dictadura, de la matanza; y su erudición á mostrar evidentemente que todos los géneos, honra de la humanidad, todos los grandes profetas sociales han querido y anunciado la paz perpétua como el comienzo de una nueva era de redención para el linaje humano.

Girardin cambió por completo. Sostuvo la guerra, y dijo que las fronteras del Rhin son las fronteras naturales, y que las fronteras naturales son las fronteras necesarias á Francia. Nada le detenía en esta calentura conquistadora. Si era preciso anexionar Bélgica, Holanda, Suiza, pasaba sobre todas estas independientes nacionalidades, sobre estos vivos ejemplos de libertad. El Aguila debía exten-

der sus alas desde los Alpes á los Pirineos, desde el Rhin al Bidasoa, aunque se alimentara con los despojos de cien pueblos. Un millon de franceses debían levantarse, y precedidos de la bandera tricolor, que tantas tempestades ha suscitado en el mundo, ir á degollar otro millon de alemanes para trazar con una roja línea de sangre humana los límites entre dos naciones. Y la humanidad, tranquila, indiferente, sonriendo en una implacable serenidad, como la Hecate antigua, debía tener este cruento sacrificio de sus hijos por uno de sus mayores triunfos, por el principio de la paz perpétua en la tierra.

Esto es horrible. Emilio Girardin gusta mucho de singularizarse. La originalidad es el continuo anhelo de su espíritu inquieto. La contradicción es la necesidad principal de su carácter. Dios le ha puesto en las manos mundos, y los rompe y los estrella como un niño los juguetes brillantes para gozarse en ver los esparcidos fragmentos, reluciendo á sus ojos. Disputa, no para defender la verdad como los apóstoles, sino para mostrar la agilidad de su inteligencia como los sofistas. Parece un gran dialéctico y es en realidad un grande acróbata. El estilo brillante y conciso de que naturaleza le dotara, le sirve para llamar la atención sobre sus juegos y sobre sus saltos mortales como á un titiritero los cascabeles. Por eso cuando todo el mundo aspiraba á la paz, él defendía la guerra. Y llaman habilidad al salto desde la política de Cobden á la política de Casagnac. La Historia calificará eso con más agrias palabras.

Mas se quería emprender la guerra por recuperar provincias que si durante algun tiempo fueron francesas, hoy son fundamentalmente alemanas. Sucedia á la sazón extraño fenómeno en las fronteras de Francia y de Alemania. La Alsacia y la Lorena, provincias de origen alemán, eran francesas, y uno de los baluartes de Francia. Los principados del Rhin, que fueron franceses durante la revo-

lucion y el Imperio, son hoy alemanes y uno de los baluartes de Alemania. El amor á la nacionalidad francesa de los unos, se explica por las grandes reformas sociales con que los redimió la revolución del ochenta y nueve. El amor á la nación alemana de los otros se explica por varias razones de afinidad entre las razas; pero además por la excelente administración alemana, por la amplia libertad intelectual, por la amplísima libertad religiosa. Estas provincias del Rhin tienen unánimemente en grande estima su ciencia y su religión, y gustan de un gobierno que les deje raciocinar, discutir, pensar, soñar, fantasear, ejercer todas sus facultades, sondear todos los problemas, al mismo tiempo que lleva su tolerancia religiosa hasta el punto de permitir que en una misma iglesia, después de haber entrado los católicos á profesar su culto y á encender su incienso y á predicar la virginidad de María, las penas del purgatorio, la supremacía del Papa entre luces y flores, vayan los protestantes á predicar la gracia, á sostener la interpretación individual de la Biblia entre los acentos del Coral de Lutero y las melodías de populares coros. Las iglesias, donde las conciencias son libres y las universidades, donde son libres los entendimientos vienen á ser los más fuertes lazos entre los principados del Rhin y el resto de Alemania.

Ahora bien, hubieran necesitado los franceses una guerra espantosa para vencer primero á Prusia, y una ocupación onerosísima, imposible, para tiranizar después los principados del Rhin. Resultado, que iban á sacrificar la flor de sus hijos, la sangre más pura de sus venas, á mantener una guerra colosal, á exponer en grave peligro su propia nacionalidad, ó al ménos, á debilitarla; para conseguir al término de una campaña el tener entre las manos, como Rusia, una nueva Polonia.

Y en el interior, ¿cuál hubiera sido el resultado de esas victorias? Nuevos tributos,

nuevos armamentos, la oligarquía militar en gran pujanza, la gloria eclipsando la libertad, los derechos del pueblo confiscados por la conservacion de las recientes conquistas; y la dictadura cesárea con su sable de nuevo forjado y reluciente en las manos, arrojándonos para mucho tiempo del único eden que entrevemos en los desiertos presentes, del eden de nuestras esperanzas republicanas.

Aglomerar las razas queria á la sazón el Imperio. Y mirad lo que resulta en último término de esas aglomeraciones de razas en vastos imperios que son vastísimas ergástulas. El ejemplo de Austria es instructivo y capaz de disgustar á todos los repúblicos previsores del febril afán de las conquistas. Ese Imperio, sobre el cual se dibujan todavía las pálidas sombras de los hermanos de Carlos V; ese Imperio, que es un fragmento del horrible altar de la inquisición española; ese Imperio, medio gótico y medio bizantino, á quien no ha podido salvar ni la política reaccionaria de Metternich ni la política liberal de Beust, llega ahora, despues de haber bebido la sangre de tantas razas, despues de haberse engordado con la carne de tantos pueblos, á caer en la podredumbre y en la disolución de gangrenosa muerte.

Sus cortesanos no quieren oír hablar de guerras, sino de placeres; no quieren oír el cañón, sino las canciones, como si el Imperio fuera un serrallo inmenso. Cuando los prusianos triunfaron en Sadowah, aún quedaba una salvación al vasto Imperio herido, aún le

quedaba que tentar un dos de Mayo como el de Madrid, un sitio de sublime heroísmo como el sitio de Zaragoza. Para esto no tenía más que una ciudad: Viena, sí, Viena defendiéndose, Viena arruinándose al cañoneo de los prusianos para salvar, ya que no el poder, la honra del Austria. El emperador lo intentó, el emperador vencido fué á buscar un corazón en la ciudad enervada por el despotismo. Los cortesanos de Viena pidieron tan solo que les ahuyentaran las calamidades de la guerra, que los entregaran sin ninguna herida, sin ninguna de esas manchas de sangre que son las estrellas de la honra, á los brazos del vencedor, á la manera de aquellos caballeros de Farsalia que ocultaban el hermoso rostro como mujeres á los golpes de los soldados de César. Y despues las dificultades se aumentan, las sombras se espesan, los alemanes de Austria vuelven los ojos á la patria común de su raza y maldicen á los cortesanos del Emperador, los húngaros se apartan virilmente de su contacto corruptor, los bohemios piden la nacionalidad perdida, los polacos murmuran viéndose engañados, los eslavos se aperciben á emanciparse, las asambleas están desiertas, los obispos rebeldes, la autoridad sin fuerza, el ejército sin prestigio, la alianza austriaca sin precio, la libertad sin resultados, y Viena, Nínive envenenada por tantos tiranos, se rie, se embriaga, canta, juega, goza, como esos epicúreos que gastaban el último sextercio de su bolsa y la última hora de su vida en la última orgía.

CAPITULO LXXV.

LA NOTIFICACION DEL IMPERIO ALEMÁN AL IMPERIO FRANCÉS, Y EL ESTADO GENERAL DE EUROPA.

El día treinta y uno de Diciembre de 1867 se celebraba en el palacio de la Tullerías trascendental ceremonia. Mr. Goltz iba á presentar por vez primera á Napoleón III sus credenciales como embajador de la confederación del Norte. El viejo diplomático estaba pálido, trémulo, balbuciente. Adivinaba las inmensas consecuencias que podía traer al mundo la notificación del nacimiento de una nueva potencia que ha venido á trastornar el equilibrio de la antigua Europa. Había también gente que atribuyera la inquietud casi angustiada mostrada por Goltz al temor de una respuesta súbita, audaz, que fuese una declaración de esa guerra universal prevista por todos, como densa nube de langosta, cayendo sobre los campos de Europa. Las palabras de Goltz fueron breves; las del Emperador brevísimas. Había en ellas una afectación de cumplido social, de saludo urbano como para indicar que allí sólo se trataba de una de esas fórmulas de cortesía, que preceden á un duelo. *El Constitucional*, el periódico que lleva la voz de las grandes declaraciones, se

indignaba contra los que entreveían siempre una amenaza de guerra en las palabras de Napoleón III. Y no recordaba que si entreveían amenazas de guerra, era porque á ello obligaba la actitud del gobierno francés; la precipitación en votar la ley de armamento general; el millón de soldados que iba á tomar las armas; el empréstito que iba á caer sobre la plaza; el dinero estéril encerrándose en las entrañas del Banco de Francia; las terribles palabras de los periódicos oficiales; las angustias patrióticas de que hablaba siempre el ministro de Estado; los rápidos ataques y los insolentes desafíos á Italia; el ensayo de armas de todas clases hecho con una tenacidad sin ejemplo; y los artículos que salían sonando la trompa guerrera de una especie de oficina alquímica ó química sita en el ministerio del Interior, donde se extraía por no sé qué misteriosos alambiques una esencia llamada espíritu público. Los periódicos del gobierno, combatiendo á los alarmistas, se olvidaban de que ellos habían sido los primeros en sembrar la alarma. Y al estado á que ha-